



Realidades y Magia en EL SOBERBIO ORINOCO

Milagros Mata Gil

I.

Cuando Julio Verne ¹ comienza a escribir El soberbio Orinoco, ya hacía tiempo estaba reducido al espacio de su biblioteca. En 1883, su sobrino Gastón, quien sufría accesos paranoicos, le había disparado en el transcurso de una de sus alucinaciones, dejándolo cojo. Entonces Verne, quien tampoco había sido el hombre más sociable, se refugia definitivamente en su escritura. Sus estantes se van llenando de manuscritos, pues producía a un ritmo tal que ninguna empresa editorial podía ir a su paso. El suyo es un refugio lleno de libros. Una isla rodeada de libros por todas partes, circundada de escollos y arrecifes. Hasta allí llegan, sin embargo, las novedades, las informaciones más recientes: los libros de ciencia, las revistas, los periódicos, los mapas, las fotografías. Llegan también los ecos de los homenajes que la sociedad

1. Julio Verne nació en Nantes (Francia) el 8 de Febrero de 1828, y murió el 24 de Marzo de 1905, en Amiens (Francia), pero parte de su vida la pasó en Lyon.

francesa en pleno está rindiendo a Jean Chaffanjon, de quien se dice ha visto, ha tocado las fuentes del río Orinoco, ha desplegado en ese estricto paisaje el pabellón francés.² Se reviven las palabras de Cristóbal Colón, las anotaciones de su **Diario** en aquel viaje de 1498, cuando llegara a las bocas de un río tan enorme que sólo podía haber nacido en el Paraíso Terrenal. ¿Y no es el Paraíso precisamente el lugar de los orígenes? Verne piensa, se introduce firmemente en esa creencia y con ella va conformando el texto germinal de lo que será su obra.

Julio Verne había comenzado, en 1859, una exploración literaria donde combinaba el relato de viajes, los cuentos de aventura y su visión prospectiva de lo que podría ser el proceso de intervención tecnológica en la vida de las sociedades y los individuos: todo lo que podía vislumbrarse y aún más.

Dentro de la estructuración de lo que sería su estética personal, denominó *Viajes Extraordinarios* cierto sector de exploraciones temáticas. A ese sector pertenecen trabajos como: **Cinco semanas en globo** (1863), **Aventuras del capitán Hatteras** (1864), **Viaje al centro de la Tierra** (1864), **De la Tierra a la Luna** (1865), **Los hijos del capitán Grant** (1868), **Veinte mil leguas de viaje submarino** (1870), **El país de las pieles** (1871), **La vuelta al mundo en ochenta días** (1872), **La isla misteriosa** (1875) y **El soberbio Orinoco** (1898). Ahora bien, se ha dado en llamar a Julio Verne *El Padre de la Ciencia-Ficción*, y se le menciona habitualmente como tal, obliterando los otros valores literarios, más específicos, de su obra. Pues si uno lo relee hoy día con el espíritu analítico de un adulto que se especializa en discursos literarios, dejando fuera (penosamente, es cierto) el impulso inocente y lleno de gozo con que en otros tiempos se leyeron aquellos textos primorosamente ilustrados, destellantes de magia imaginativa y aventura, encuentra elementos que sin duda no había tenido en cuenta antes, que son accesibles mediante una relectura *distinta*, relectura que funciona como compuerta hacia otro tipo de placer.

En primer lugar, no hay duda que los acontecimientos de la revolución industrial y los radicales descubrimientos científicos que propiciaron las

2. Jean Chaffanjon fue un explorador aventurero francés quien obtuvo una comisión del Ministerio de Instrucción Pública de su país para realizar una misión de estudio en Venezuela en 1884. Sus objetivos eran, teóricamente, obtener informaciones sobre geografía e historia natural de las regiones señaladas. Realizó dos recorridos por el Orinoco: el primero, entre 1884 y 1885, y el segundo en 1886 cuando creyó alcanzar *las fuentes del Río*. Como resultado de sus investigaciones y exploraciones, ampliamente difundidas por la prensa y por su famoso libro de viaje, **El Orinoco y el Caura**, Chaffanjon recibió las Palmas Académicas. El libro de Chaffanjon fue consultado para este trabajo desde la edición que realizara la FUNDACIÓN CULTURAL ORINOCO en 1989, traducido por Joelle Lecoin y con un estudio preliminar de Miguel Ángel Perera.

transformaciones de los paradigmas en la segunda mitad del siglo XIX, tuvieron resonancias muy fuertes en la obra de Verne. No solamente se trata de la incorporación en su narrativa de esas menciones de aparatos y acciones fundamentados en el desarrollo que estaba aconteciendo tan aceleradamente en ciencia y tecnología, sino también de la inclusión de las visiones de una sociedad que (también) rápidamente se modificaba. Estas visiones abarcan un espectro que va desde el optimismo de las primeras obras hasta el pesimismo, de sus trabajos finales.

En segundo lugar, hay en Verne una preocupación cada vez mayor por el tiempo: por su concepción, por su *física y fisiología*: por lo que es su naturaleza prístina y la manera como se vincula a la evocación y la memoria, es decir, por todo eso que va a constituir la base para los planteamientos filosóficos de Henri Bergson³ y que va a revolucionar las concepciones de la literatura y el arte a partir de las primeras décadas del siglo XX.

Específicamente en una obra como **Viaje al centro de la Tierra**, Verne plantea con claridad su idea del tiempo: el futuro está contenido en el presente, el cual es una revisión del pasado: hay, además, un tiempo objetivo y racional y otro, subjetivo e irracional. Entonces, si la razón choca con la posibilidad de aprehender el tiempo en cualquiera de sus manifestaciones, es preciso recurrir a la locura para conseguir el objetivo. Una manera distinta de ese planteamiento se desarrolla en **Los hijos del capitán Grant**, donde el movimiento hacia el futuro es, a la vez, movimiento hacia el pasado: hay un viaje, en ese viaje, Robert va al encuentro (en búsqueda) de su padre, pero también va *develando* la historia (la historia familiar, la historia de la especie) a través de un *descubrimiento* que abarca por igual el territorio geográfico y los acontecimientos del pasado. Todavía hay un tercer elemento, y es el reconocimiento de la *conciencia* literaria de Verne: su disposición de intervenir en el manejo y la construcción de sus obras. Este manejo, si bien descubierto poco a poco en la *praxis* del autor, había sido reforzado por la influencia directísima que recibió de Edgard Allan Poe, a quien el narrador francés reconocía como su maestro literario.

3. Henri Bergson (1859-1914). Su influyente obra **Materia y Memoria** fue publicada en 1896.

El mito de los orígenes, la alcurnia mítica de la búsqueda de los orígenes, específicamente de la búsqueda del padre, la cuestión de Telémaco, parece ser una clase de constante que transcurre por la obra verniana. Un enfoque psicocrítico que se orientara hacia el psicoanálisis pudiera conducir a revisar la conflictiva relación del escritor con su propio padre, un tradicionalista burgués de Nantes, donde ejercía con solidez tanto la profesión de abogado como la actitud de jefe de familia. Sea como sea, en **El soberbio Orinoco**⁴ se vuelve a establecer tal búsqueda: Juan/Juana de Kermor, se interna en una región misteriosa que le es apenas conocida por referencias obtenidas en libros de viaje, el de Creveaux, el de Chaffanjon entre ellos. Región llena de peligros donde espera encontrar a su padre. Por lo demás, tal padre, a quien jamás ha visto en persona, es el único vínculo que tiene con su *identidad* y sentido de *pertenencia*: a una familia, a un país.

Otro texto literario, escrito muchos años después, representa otra vez la región guayanesa como la fuente: el espacio original: **Los pasos perdidos** (1953), de Alejo Carpentier.⁵ En esta obra, un eminente musicólogo antillano que reside en Nueva York decide emprender la búsqueda de un instrumento musical adentrándose en el sur venezolano, *remontando el Orinoco*. El precioso lenguaje carpenteriano, lleno de arabescos y encajes de palabras, va desenvolviendo el paisaje ante el deslumbrado lector, va quebrantando los códigos que ocultan la luminosidad del origen. Significativamente, la vegetación crece rápidamente sobre las huellas del protagonista, oculta rápidamente las cicatrices que ha dejado a su paso, quitándole toda posibilidad de reencontrar el camino hacia atrás si lo quisiera. Tampoco le será posible retornar al lugar adonde llegue, si lo abandonara. El Paraíso se vuelve inaccesible: una sola oportunidad da la vida para hallarlo y permanecer en él. De hecho, uno se pregunta, llegado a este punto de la reflexión, si la aventura de los académicos que discuten en **El soberbio Orinoco** sobre dónde están en realidad las cabeceras del río y que se empeñan en buscarlas, no es búsqueda también del origen: metáfora de la necesidad de identidades no solamente individuales sino nacionales. Pues en verdad en el siglo XIX eran todavía las naciones americanas territorios ontológicos magmáticos, espacios sin consistencia que deseaban

4. Para efectos de este trabajo, se leyó la edición publicada por Seleven, en 1979. Traducción de Julia Pérez, introducción y notas preliminares de Oscar Yanes y José Cubero.

5. Se consultó la edición de **Los pasos perdidos** publicada por Monte Avila Editores, en 1991. Aleja Carpentier es un muy importante narrador e investigador en la literatura y el arte. Nacido en Cuba en 1904, vivió largos años en Venezuela. Falleció en 1980.

conformarse como sólido cuerpo político, cultural, y luchaban con denuedo para conseguirlo. Tal situación, que había sido frecuentemente analizada en los predios de la intelectualidad francesa, no podía haber sido del todo ajena al conocimiento de Verne.⁶

II.

La acción de **El soberbio Orinoco** se inicia en la Biblioteca de la Universidad de Ciudad Bolívar, donde tres estudiosos discuten sobre la verdadera ubicación de las fuentes del Río, cada uno defendiendo su posición y sus criterios. Dado que ese hecho transcurre en 1893 y que seguramente Verne buscó documentación en periódicos, revistas, testimonios de viajeros y corresponsales, así como en la Biblioteca Nacional y en la Sociedad de Geografía, tal Universidad era (en la realidad, en la ficción) el Colegio Federal de Guayana, que estaba situado en la Casa hoy llamada *del Congreso de Angostura*, justo frente a la Plaza Bolívar.

6. A principios del siglo XIX, Alexis de Tocqueville había establecido claramente en sus análisis políticos la existencia de dos culturas en América, culturas que habría de repartirse el mundo: la inglesa y la española. En los años 30 del mismo siglo, Michel Chevalier, quien viajó por América estudiando los sistemas de comunicaciones, definió lo que entendía el sentido de *latinidad*. Invocó las ideas de importantes pensadores franceses, Tocqueville, por supuesto, pero también Lamartine y Jaurés. Posteriormente, José María Torres Caicedo, pensador colombiano que residía en París y dirigía allí una influyente revista cultural, asumió desde 1850 el nombre de América Latina. Estos datos fueron tomados del libro **Génesis de la idea y el nombre de América Latina**, editado por el CELARG en 1980. Sirven para ilustrar en parte el posible conocimiento que tendría Verne de las luchas que en el seno de la sociedad latinoamericana se estaban dando para consolidar las naciones y las nacionalidades.

Dicha Casa había sido una de las mandadas a edificar por el gobernador Manuel de Centurión en la segunda mitad del siglo XVIII, y había sido destinada desde el principio para ser albergue de instituciones educativas.⁷ Lo cierto es que de la discusión de los tres académicos surge la idea de realizar una expedición para aclarar las dudas. La expedición sale del puerto de Ciudad Bolívar el 12 de Agosto, en pleno tiempo de creciente. Coincidentalmente, parten en el mismo barco, un paquebote de chapaletas llamado *Simón Bolívar*, Juan de Kermor, un muchacho de diecisiete años que va en busca de su padre, el coronel de Kermor,⁸ y el sargento Marcial, quien pasa por su tío.

CIUDAD BOLÍVAR: LA VERSIÓN DE VERNE

Juan de Kermor y el sargento Marcial se habían alojado en una pensión cuyos balcones se abrían sobre el paseo de La Alameda. Verne describe así la ciudad:

A algunas ciudades les pasa lo que a ciertos hombres: antes de establecer su domicilio fijo y definitivo, dudan, vacilan... Y esto le pasó a la capital de aquella provincia de Guayana desde la época de su aparición, en 1576, sobre la ribera derecha del Orinoco. Establecida en la desembocadura del Caroní, bajo el nombre de Santo Tomé, fue trasladada diez años más tarde quince leguas al oeste. Incendiada por los ingleses bajo las órdenes del célebre Walter Raleigh, cambió de lugar en 1764 a 150 kilómetros más arriba, en un sitio en que la anchura del río queda reducida a menos de 400 toesas. De aquí el nombre de Angostura, que recibió entonces, y que se convirtió luego en el de Ciudad Bolívar.

-
7. El Colegio Federal de Guayana fue creado el 8 de Abril de 1834, pero fue el 24 de Junio de 1840 cuando se instaló oficialmente. En 1852 se comenzaron a dictar las cátedras de educación superior en disciplinas como Derecho y Medicina, Ciencias Eclesiásticas, Ciencias Filológicas y Matemáticas. En 1880, el presidente, general Antonio Guzmán Blanco, lo ascendió a instituto de primer orden y en 1896 fue enaltecido con el tratamiento de Universidad. Su primer rector fue el distinguido intelectual y educador, doctor Ramón Isidro Montes. La institución se considera el antecedente en línea directa de la actual Universidad Nacional Experimental de Guayana (UNEG). El Rector actual, Oswaldo del Castillo Saume, ha sido uno de los propulsores del movimiento que se destina a reconocer los vínculos entre la Universidad y **El Colegio**. Hay un folleto escrito por el poeta José Eugenio Sánchez Negrón. Otras informaciones se encuentran en los libros del cronista de Ciudad Bolívar, Américo Fernández, y en algunos documentos informativos de la UNEG.
 8. En el transcurso de la historia, se verá que Juan de Kermor es en verdad una muchacha, lo que explica los extremos cuidados y el aura de misterio que el sargento Marcial protege con tanto fervor. Es comprensible también el disfraz, porque se están internando en una región de infinitos peligros y normas muy diferentes de las del país francés, de donde provienen.

Esta capital está situada a unas cien leguas del delta del Orinoco, cuya altura, indicada por la Piedra del Medio, roca que se levanta en medio de la corriente, varía de modo considerable bajo la influencia de la estación seca, de enero a mayo, o de la época de lluvias.

Esta ciudad, de unos 11.000 a 12.000 habitantes se prolonga por un puente hasta el barrio de Soledad, en la ribera izquierda. Se extiende desde el paseo Alameda hasta el barrio Perro Seco cuyo calificativo proviene de estar más sujeto que ningún otro a las inundaciones provocadas por las súbitas y copiosas crecientes del Orinoco. La calle principal, con sus edificios públicos, sus elegantes tiendas, sus galerías cubiertas, las casas escalonadas sobre la colina que domina la ciudad, el desparramamiento de las casas rurales entre los árboles, las especies de lagos que el río forma, extendiéndose arriba y abajo, el movimiento y la animación del puerto, los numerosos barcos de vela y a vapor, que prueban la actividad del comercio fluvial, aparte del importante tráfico por tierra. Todo ese conjunto produce satisfacción al viajero.

*Por la parte de Soledad, hasta donde llegará en breve el ferrocarril, Ciudad Bolívar no tardará en unirse a Caracas, la capital venezolana. Sus exportaciones de pieles, de café, algodón, cacao y tabaco, ganarán mucho, por grandes que ya sean en la actualidad, por la explotación de yacimientos de cuarzo aurífero descubiertos en 1840 en el Yuruari.*⁹

9. **El soberbio Orinoco**, en la edición mencionada, p. 20

En la sociedad guayanesa del siglo XIX y principios del siglo XX, la novela de Julio Verne fue recibida con un enorme placer, sobre todo debido a la imagen próspera, culta y hermosa que presentaba de Ciudad Bolívar y que en poco se alejaba de la descripción. De hecho: *en la nómina de las exportaciones venezolanas figura Guayana decorosamente con 727.761 Kgs. de balatá, equivalentes a Bs. 4.017.530, además de 1,043 Kgs. de oro (...) por valor de Bs. 2.616.074,00 y 112.298 Kgs. de sarrapia con un producto de Bs. 594.587.*¹⁰ Era Ciudad Bolívar, además, *núcleo de la actividad comercial de toda la cuenca del Orinoco e irradiaba incluso hacia los estados andinos, debido a la importancia de la navegación fluvial, que comunicaba tanto con el interior del Oriente y Guayana como con los países europeos, por la vía de Trinidad.*¹¹

*La condición portuaria de la ciudad y la presencia de importantes casas foráneas de importación y exportación, le daban no sólo movimiento económico sino influencia cultural y prestigio en toda el área.*¹² En el espacio hoy casi vacío de embarcaciones, hoy apenas surcado por las barcazas que viajan hacia Soledad o la aldea de La Encaramada, o la gabarra que transporta bauxita y que recalca en Los Pijiguaos, uno puede evocar, ante la vista de una vieja fotografía, uno puede imaginarse el tráfico de los veleros y los vapores de chapaletas y los planchones: el puerto de los Blohm atestado de curiosos que presenciaban la carga y descarga de los barcos, el tráfico de los pasajeros, casi siempre con los ojos llenos del delirio de la aventura, el paso alegre y soberano de los capitanes que visitaban a sus amores ocultos tras las celosías de romanilla, el movimiento de los corredores que daban hacia la Alameda de los Ingleses y cuya algazara iba a morir como un oleaje en los viejos escalones de la Catedral. Ésa es la ciudad que ven Juan de Kermor y el sargento Marcial desde el balcón de su habitación mientras están esperando que el vapor *Simón Bolívar* zarpe.

10. Si bien estas cifras corresponden al año fiscal 1925-1926, sirven para ilustrar el aura de prosperidad económica de la región. Los datos fueron tomados de **Lecturas Guayanesas**, de Manuel Alfredo Rodríguez.

11. Un trabajo inédito firmado por Ángel Pinto R. da una visión interesante y más o menos precisa de cómo se desarrollaba tal tráfico de navegación por el Orinoco. Los antecedentes explican que la primera concesión en ese sentido fue otorgada por el Congreso de Colombia en 1823 a una compañía inglesa, la Hamilton, quien tenía una pequeña flota de goletas y bergantines.

12. Ver el capítulo **Contexto Cultural y Social de Ciudad Bolívar**, en **Lucila Palacios: Tiempo y Siembra**, libro de Milagros Mata Gil publicado por la Dirección de Cultura del estado Bolívar.

Ahora bien: es el siglo XIX, todavía en Europa pervive con fuerza el gusto por lo exótico, por lo salvaje y primitivo que fue uno de los postulados de cierta tendencia estética del romanticismo, Verne es, por lo demás, un escritor de libros de aventura, cuentos cuya *verosimilitud* no siempre concuerda con su *veracidad*, de tal manera que la imagen de Ciudad Bolívar que él destaca actúa como un referente catalizador de los excesos imaginativos: allí está la ciudad, pulcrísima, armoniosa: ciudad contrastando con el tiempo y el espacio de la selva y sus leyes, tramas y trampas. A medida que se internan los viajeros por el cauce del río se van perdiendo las coordenadas sociales y culturales que rigen lo que se llama *civilización* y se ingresa a un universo radicalmente diferente, donde la vida y la muerte son los polos de un delicadísimo equilibrio: del delicado equilibrio de una suerte de aguja indicadora que se mueve hacia un lado o hacia el otro ante los estímulos menos evidentes para el ojo no habituado.

Llama la atención de Juan y del sargento la despedida efusiva y bulliciosa que hace la gente de la ciudad a los tres científicos. Creen que es una *revolución*, uno de esos bochinches armados que tan frecuentes eran en aquellos días, sobre todo en Venezuela. Vale la pena detenerse en la imagen de los que están partiendo: don Miguel, don Felipe y el señor Varinas. Sin entrar a discutir la validez de sus argumentos, ellos logran movilizar a grandes sectores de la población, quienes toman partido por uno u otro. Al destacar su impulso de realizar la expedición, Verne hace un reconocimiento a esa labor que se aleja de la comodidad de las bibliotecas y los estudios privados para asumir el desgaste y el riesgo del trabajo de campo y así visualizar sobre el terreno lo que es mera especulación sobre el papel.

Casi todos los científicos que pasan por la obra verniana son trabajadores de campo, investigadores *in situ*, lo que hace más patética aún su propia soledad de escritor de biblioteca, lo que hace más desgarrante el pensar en ese espíritu absolutamente errante: errante por naturaleza, aventurero y tan lleno del ímpetu de los exploradores como el que más haya sido, cautivado no solamente *en el núcleo de una sociedad terroríficamente normativizada* sino también por los compromisos de una familia llena de conflictos. Por si fuera poco, obligado a encerrarse por dolencias físicas que lo incapacitaban en forma tan radical. Este hombre, sin embargo, alguna vez salió de su gabinete porque sintió la necesidad de poner sus conocimientos y sus esfuerzos al servicio de su sociedad. Aun siendo tan escéptico como Montaigne, o precisamente por serlo, siguió el ejemplo de ese escritor y se postuló para ser concejal de Amiens en 1889 en las listas del partido socialista. Gran escándalo en la burguesía, dicen que hubo. Sale electo y

aporta sus ideas para el beneficio de la ciudad. Poco o nada se reporta de ese paso por el ejercicio político, pero sus novelas van haciéndose cada vez más críticas de las condiciones sociales: la injusticia del mundo, el predominio de los ricos que son dueños de la tecnología y de ella se sirven para obtener poder y ganancia.

Lo cierto es que los apasionados científicos venezolanos y los franceses que buscan su signo de identificación, imaginado en el coronel de Kermor, van hacia un destino común, San Fernando de Atabapo, y desde un principio intercambian miradas curiosas y acuciosas que van estableciendo no solamente un vínculo entre ellos, sino que van introduciendo al lector en esa estrategia tan propia de los libros de aventura: las interrogantes formuladas, las preguntas que deben responderse, el misterio que se plantea desde un principio, el mapa secreto o la carta. Porque nadie ha oído hablar del coronel de Kermor, nadie recuerda haber visto a un francés yendo hacia San Fernando desde el viaje de Chaffanjon, pero en las manos de Juan hay una carta, fechada el 12 de Abril de 1879 y con matasellos de esa población, lo que indica que en esa fecha estaba allí el coronel. Toda la intriga parece planteada desde un principio. Lo que resta es el desarrollo del viaje.

III.

Todo el viaje está lleno de referencias *costumbristas*, en el sentido más amplio del término. Las descripciones son prolijas y fascinantes. Julio Verne actúa como un eficaz corresponsal. Dado el hecho de que sus novelas transcurren en escenarios (imaginados o reales) que tenían cierto renombre, cierta presencia en el imaginario popular, pero donde el lector común no tenía acceso directo, él siente que debe proveer a ese lector de un espectáculo textual bien definido, donde la imaginación tuviera soportes vigorosos. Por lo demás, los protagonistas de sus *Viajes Extraordinarios* deben enfrentarse a territorios hostiles y vencerlos para asentar así los valores de su heroicidad. Desde este punto de vista, todo viaje es una epopeya¹³ y todo relato de viajeros es, en el fondo, un canto de gesta, una épica.¹⁴

13. Poema narrativo extenso, de elevado estilo, acción grande y pública, personajes heroicos o de suma importancia, y en el cual interviene lo sobrenatural o maravilloso (DRAE en versión multimedia, 1997)

14. Perteneciente o relativo a la epopeya o a la poesía heroica (DRAE, referencia citada)

El modelo que usa para las descripciones de paisajes y costumbres en **El soberbio Orinoco** es el libro de Chaffanjon, **El Orinoco y el Caura** (París, 1889). En él, el autor narra sus recorridos, sus aventuras, sus encuentros bélicos con indios, sus proezas de caza y el fruto de sus investigaciones, con abundantes ilustraciones.¹⁵ En la ficción verniana, los viajeros llegan el 15 de Agosto a Caicara. Hasta allí, el viaje es tranquilo. Un interludio para los previos reconocimientos. En Caicara desembarcan los científicos y los dos franceses, pues el *Simón Bolívar* ingresará de allí en adelante al río Apure y navegará por él hasta el piedemonte andino. Verne describe así el puerto al que llegan sus personajes, basándose en los pormenores de Chaffanjon:

Caicara tiene unos 500 habitantes y recibe frecuentemente viajeros a los que sus asuntos obligan a recorrer el curso superior del Orinoco. Tiene una o dos fondas, sencillas casas, y en una de ellas los tres venezolanos y los dos franceses se instalarían durante los días que permanecieran en aquel lugar. Al día siguiente, 16 de Agosto, el sargento Marcial y Juan visitaron Caicara intentando por todos los medios buscar una embarcación.

15. Describe igualmente su paso por Ciudad Bolívar, donde es recibido por don Antonio Liccioni, el legendario fundador de la Compañía Minera El Callao y por el Presidente del Estado, General Bermúdez Grau, quien le facilita los medios de transporte para la expedición. Chaffanjon volvería al Orinoco en 1886 acompañado del pintor A. Morisot y esta vez escribirá su segunda narración sobre el río *Voyage aux sources dans l'Orénoque*. Morisot, por su parte, no se queda atrás y escribe una relación de sus experiencias que titulará *Un peintre dans l'Orénoque*. Los dibujos y aportes de Morisot sirvieron de material de base para ilustrar las dos obras de Chaffanjon, junto con las fotografías tomadas por ambos. Los dibujantes Riou y Georges Roux harán el resto, expresa don Andrés Palazzi en el PRÓLOGO de la traducción del trabajo de Chaffanjon, ya anotado.



*Caicara es un pueblecito fresco y alegre, agazapado entre las primeras colinas y la ribera derecha del río, frente a la ciudad de Cabruta. Delante se extiende una isla semejante a las muchas que se encuentran en el Orinoco, cubierta de frondosos árboles. Su minúsculo puerto se dibuja entre rocas negras que erizan la corriente del río. Hay unas 150 casas, la mayor parte de piedra. Con tejado de hojas de palmera, y algunas cubiertas con tejas, cuyo color rojo se destaca entre el verde de los árboles. El pueblo está dominado por un montecillo de 50 metros de altura.*¹⁶

A partir de allí, el viaje se desarrollará en falcas o barcazas, que son canoas grandes provistas de techo. Estas falcas se moverán indistintamente con la fuerza de los remos o los palos en navegación de cabotaje, que es ese tipo de navegación o tráfico que se hace sin perder de vista la costa, y también por el impulso de velas. Los tres científicos alquilarán una de nombre

16. El soberbio Orinoco, pp. 42-43

Maripare y los dos franceses otra, de nombre Gallineta, ambas dotadas con una tripulación de la etnia baniva, cuyos integrantes tienen fama de ser excelentes en los menesteres del río. Mientras tanto, Juan de Kermor, más comunicativo y amable que su compañero, quien lo atiende y lo sirve con dedicación y lealtad evidentemente inquebrantables, se relaciona con los científicos venezolanos y con otras personas, y va indagando de esa manera si alguien pudiera conocer el paradero de su padre.

Se adentran, pues, los viajeros en los territorios del medio Orinoco. Selva. Humedad. Insectos: jejenes y zancudos. Una lluvia densa e inacabable. En algún punto, el río se expande y *la diafanidad de la atmósfera permite ver los lejanos horizontes de los llanos*. Los franceses, encantados, creen identificar el paisaje con otro conocido para ellos: el del Loira, con sus piróscafos y sus praderas que se expanden hacia Pellerin o Paimboeuf. En este momento introduce Verne el episodio de las tortugas. El sargento Marcial, incrédulo y terco, pone en duda lo que Juan le dice sobre la época de la puesta de tales animales, cuando invadían a millares las orillas del río. La conversación se interrumpe porque la proximidad de una tormenta los obliga a refugiarse en la aldea de Buena Vista.

En ese sitio, además de continuar la conversación sobre las tortugas, se enteran del paso de otros dos franceses, Jacques Helloch y Germán Paterne¹⁷ que habían llegado a La Urbana y se habían internado en los llanos rumbo al este, sin que se tuvieran noticias de su paradero. Esto se constituye en un nuevo elemento de suspenso, adecuado para sostener la trama del relato. En La Urbana son bien atendidos, comen en casa del jefe civil y conocen al señor Marchal, que es uno de los que menciona Chaffanjon en su libro. Curioso juego el de Verne: cuando hace convergir la realidad histórica expresada en la crónica y el testimonio, con la ficción, crea un espacio ambiguo donde el lector se desconcierta justo antes de asumirlo con plena fe. El señor Marchal, por otra parte, habla maravillas de Chaffanjon y extiende su simpatía hacia los franceses visitantes, así como hacia los exploradores que están perdidos.¹⁸ Así termina la velada y los viajeros van a dormir. En la madrugada, un rumor y una trepidación despiertan al pueblo, *que corre a las orillas del río*.

17. No es difícil ver la similitud de estos personajes con la pareja Chaffanjon y Morisot.

18. **El soberbio Orinoco**: Capítulo 8: *Una nube de polvo en el horizonte*, pp. 63-71

EL EPISODIO DE LAS TORTUGAS Y EL REALISMO MÁGICO.

Se ha dado en llamar *realismo mágico* una forma de mirar el mundo donde se destacan los elementos extraordinarios, supra o supernaturales, de la realidad, transvasados a la literatura. El término seguramente fue trasladado de la denominación asumida por cierto *realismo* que, a principios del siglo XX, reaccionó contra las exacerbaciones del expresionismo. Cuando se dice *realismo mágico* inmediatamente uno evoca nombres como los de Miguel Ángel Asturias, Aleja Carpentier, Gabriel García Márquez, ciertos textos de Borges o todo lo de Julio Garmendia.¹⁹

Sin embargo, muchos de los relatos de esos europeos deslumbrados por el paisaje americano: los Cronistas de Indias, Walter Raleigh, Humboldt, todos ellos transcriptores de maravillas, testigos de hechos para los cuales no tenían explicaciones dentro de su lógica, pudieran considerarse dentro de lo característico del *realismo mágico*, con lo cual el término puede resultar ampliado o estrechado, de acuerdo con el cristal con que se quiera mirarlo. De hecho, Roberto González Echeverría, en un prólogo a la edición de las ponencias presentadas en el Coloquio sobre Narrativa Hispanoamericana Historia y Ficción, organizado conjuntamente por los Programas de Estudios Latinoamericanos y de Estudios Afroamericanos de la Universidad de Yale,²⁰ se expresa de la siguiente manera:

Los cantos del edificio histórico que los cronistas quisieron construir estaban unidos por la argamasa mágica de la imaginación y la fantasía. Sin proponérselo, estos historiadores echaron los cimientos de lo que vendría a ser la gran narrativa americana de nuestros días.

El episodio verniano de las tortugas pudiera haber sido perfectamente atribuido a García Márquez: hay primero un suspenso: después del temblor, la gente sale de sus casas, se acerca a la orilla del río: el cielo está perfectamente despejado, pero el oleaje está fuerte y las falcas son agitadas por el mismo.

19. A pesar de la cantidad de textos críticos sobre este asunto, aún no ha quedado definida la diferencia que pudiera existir entre realismo mágico y realismo maravilloso, así que se asumirán con sinónimos ambos términos para los efectos de este ensayo.

20. Ver **Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana contemporánea**, ponencias presentadas por Alejo Carpentier, Emir Rodríguez Monegal, Seymour Menton y otros, publicado por Monte Avila Editores, en 1984.

Continúa la trepidación. Rumor sordo. Rugido. Eran las cuatro y media de la mañana y apuntaba el día: la gente comenzaba a dar señales de espanto. Durante tres horas, el fenómeno continúa:

Parecía que se efectuaba una especie de deslizamiento, un poderoso arrastre en la superficie del territorio. Pesado y cadencioso, ese deslizamiento se transmitía desde la ribera derecha del río, como si el suelo fuese corredizo. Era admisible atribuir las sacudidas a un temblor de tierra cuyo centro se encontrara en la sierra Matapey, y no era la primera vez que el pueblecito lo sentía. Respecto al ruido, semejante al que produce un ejército en marcha, nadie sospechaba su verdadera causa.

El jefe civil y el señor Marchal, acompañados de los pasajeros de las dos falcas, se dirigieron hacia las primeras estribaciones del cerro La Urbana para observar mayor extensión de campo.

El sol subía sobre un cielo purísimo, semejante a un enorme globo hinchado por luminoso gas que la brisa hubiera lanzado hacia las riberas del Orinoco. Ninguna nube en el horizonte, ningún indicio de que el día sería borrascoso. Cuando los observadores subieron unos 30 metros, dirigieron sus miradas hacia el este. La inmensidad se extendía ante ellos, la vasta planicie verde, el mar silencioso de las hierbas, siguiendo la poética metáfora de Eliseo Reclus. Y realmente aquel mar no estaba en calma. Debía estar agitado en sus profundidades, pues a cuatro o cinco kilómetros de distancia, los llanos se coronaban de volutas arenosas.

-Es una polvareda inmensa -dijo el señor Marchal- El polvo se levanta del suelo.

-Sin embargo, no hace viento -afirmó don Miguel.

-No, apenas se nota -respondió el señor Marchal- ¿Serán las trepidaciones? No... Esa explicación no es admisible...

-Además -añadió el jefe civil- ¿y ese ruido que parece provenir de una marcha pesada?

-¿Qué es entonces? -exclamó don Felipe.

-Y en ese momento, como si se respondiera a esa pregunta, se oyó una detonación de arma de fuego cuyos ecos repercutieron por el cerro de La Urbana, a la que siguieron otras. ²¹

21. El soberbio Orinoco, p. 68

Se desarrolla en ese mismo tono un largo preámbulo que contribuye a crear en el lector una sensación de curiosidad, un *suspense* que lo mantiene atrapado por el relato. La resolución del problema no es menos llamativa, y allí entonces está el toque que se podría llamar *realista-mágico*: una masa compacta conformada por *centenares de miles* de tortugas iba avanzando hacia el pueblo, buscando el camino del río. Iban las tortugas espantadas por el temblor de tierra que había sacudido sus *hábitats*: *Era una inmensa superficie de escamas que cubría varios kilómetros cuadrados y se movía. Sobre esa superficie móvil se agitaba un centenar de animales que, para evitar ser aplastados, habían buscado su refugio en ella. Corría y saltaba una tropa de monos y veíanse varias parejas de esas fieras acostumbradas a las vastas campiñas venezolanas: jaguares, pumas, tigres, no menos temibles que si corriesen libremente por el bosque y la llanura. Y contra estas bandadas se defienden dos hombres a tiros de fusil y de revólver. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres? Ni el jefe civil ni el señor Marchal consiguieron reconocerlos a distancia. Sin embargo, a juzgar por su traje, podía afirmarse que no eran yaruros, ni mapoyes, ni ninguno de los indios que frecuentaban el territorio del medio Orinoco.* ²² Así aparecen los otros dos franceses, Jacques Helloch y Germán Paterne, científicos naturalistas, conocedores de las hierbas y fotógrafos, ante los ojos (deslumbrados, alucinados) de Juan de Kermor y de los otros personajes, pero también ante los del lector, igualmente deslumbrado y alucinado por las imágenes. Pero los peligros no hacen sino comenzar, puesto que la masa de tortugas amenaza con arrasar el pueblo de La Urbana, en su desesperación por llegar al río, y todos los personajes se abocan a encender hogueras que impidan que eso suceda y que desvíen a las tortugas hacia otro paso que igualmente las conduzca al Orinoco. El sargento Marcial, quien había puesto en duda los relatos que escuchara sobre el tiempo de aove, permanece estupefacto ante el espectáculo. Hasta entonces, la única referencia que había tenido de las tortugas como cosa extraordinaria era la sopa que con su carne se preparaba de manera tan exquisita y el sabor no menos exquisito de sus huevos.

Al margen, cabe mencionar que en El soberbio Orinoco hay abundantes menciones culinarias: se destaca allí el gusto *insuperable* de la carne de mono, vaciado y asado a fuego lento, el sabor de los peces de río y de las garzas y palomas y demás aves, el fuerte y grasoso toque de la carne de baba, que los hombres de la tripulación disfrutaban en tanto que es rechazada por los europeos y los científicos. Estas referencias están tomadas

22. Obra citada, p. 70

meticulosamente del libro de Chaffanjon.

Es necesario tomar en consideración que, adelantándose a las revoluciones de la vanguardia, Julio Verne toma distancia de la estética vigente en la novela del siglo XIX, que prescribía *una postura científica y positivista, lo que supone un observador que considera el mundo desde fuera y describe lo que ve con un instrumental objetivo, alejándose del mito*, y se adentra sin temores en los territorios anegadizos del juego, la ironía, la hipérbole y la hiperficción. Posiblemente en ese aventurerismo literario resida una porción del enorme poder imaginativo de su obra, de su inmensa capacidad de ficcionalizar. Dentro de esos términos, uno se pudiera preguntar si en verdad lo que hizo Verne en **El soberbio Orinoco**, o por lo menos en partes importantes del texto, no fue *parodizar* la empresa de Chaffanjon, cuya heroicidad había sido notablemente exacerbada.

El asunto es que la prensa, principal elemento impulsador de la epopeya chaffanjoniana, jugaba en aquel momento papeles muy importantes en las sociedades europeas o en aquellas que estaban bajo su égida cultural, imponiendo patrones y protagonistas históricos tanto como marcas de productos que debían consumirse y opiniones políticas: todo por igual. Casi tanto era su poder como el que hoy tiene la televisión. Esa atribución extravagante de los medios masivos de comunicación es satirizada por Verne en dos obras no por poco conocidas menos dignas de mención y lectura: **La jornada de un periodista americano en el año 2889** (1889) y **La isla a hélice** (1895). No obstante eso, no hay que olvidar que, sin obliterar sus méritos, el propio Verne es un fenómeno desarrollado y estimulado en gran medida por la prensa de su época. Por ejemplo, su obra **De la Tierra a la Luna** (1865) apareció por entregas en el JOURNAL DE DÉBATS, diario que no solamente aumentó sus ventas en forma harto significativa, sino en cuya redacción se recibieron varias cartas solicitando cupo para la expedición. ²³

IV.

No nos bañamos dos veces en el mismo río porque ya en su profundidad el ser humano tiene el destino del agua que corre. El agua es realmente el elemento transitorio. Es la metamorfosis ontológica esencial entre el fuego y la tierra. El ser consagrado al agua es un ser en el vértigo. Muere a cada

23. El editor principal de Verne fue Jules Hetzel, con quien inicia en 1859 una relación de trabajo que no terminará sino con la muerte de Hetzel, en 1866. Pero en muchas oportunidades vendió su producción literaria para ser publicada por entregas, al estilo folletón.

minuto, sin cesar, algo de su sustancia se derrumba. La muerte cotidiana no es la muerte exuberante del fuego que atraviesa el cielo con sus flechas. La muerte cotidiana es la del agua. El agua corre siempre, el agua cae siempre, siempre concluye en su muerte horizontal. Y la vida emana de esa muerte como sustancia.

Gastón Bachelard: El agua y los sueños

*Conociendo mi propia cantidad,
soy yo, extraigo, convoco todas mis raíces
el Ganges, el Mississipí,
la densa espesura del Orinoco, el largo hilo del Rin
el Nilo, con su doble vejiga*

Paul Claudel: Cinco Grandes Odas

CONVOCATORIA DE LAS RAÍCES

Ya se ha mencionado que Juan de Kermor inicia su viaje de búsqueda (su viaje hacia el origen) con un disfraz. Su historia, sin embargo, tiene otras referencias, otras resonancias míticas. Había nacido cuando su madre estaba aún en la isla Martinica y poco después la señora de Kermor había decidido ir a reunirse con su marido. El barco donde viajaban había chocado con otro en las cercanías del puerto de La Habana, produciéndose un naufragio trágico. La señora de Kermor ni siquiera pudo salir de su camarote. La criadora que había contratado subió con la niña a cubierta, pero también fue arrasada por las aguas. Prodigiosamente, la criatura fue rescatada y dada en adopción a una familia acomodada, que la había criado y educado con esmero, y le había puesto el nombre de Juana, sin saber cuál era su verdadera familia. Jamás le habían ocultado los detalles de su origen, así que estaba en cuenta (y era su esperanza) de que en alguna parte del mundo la esperaba un padre: un hombre a cuya estirpe pertenecía y cuyo apellido debería llevar. Su familia adoptiva la apoyó en esa búsqueda y después de indagar aquí y allá, finalmente supieron de la existencia del coronel de Kermor.

Por su parte, el coronel de Kermor había recibido la noticia de que en el naufragio ambas, madre e hija, habían perecido, y eso lo sumió en una terrible melancolía. Durante un tiempo trató de reponerse y estuvo acompañado por el sargento Marcial. Después, en vista de que se sentía aprisionado por lo doloroso de sus memorias y la incapacidad de resignarse a la pérdida, decidió romper todos los nexos con un pasado que le dolía, dejó la mitad de sus bienes al sargento y se fue, rumbo a destinos desconocidos. Cuando Juana llegó a su hogar solamente encontró al leal

sargento, quien la recibió y la cuidó amorosamente. La única pista que se tenía del paradero del coronel era esa carta fechada en San Fernando de Atabapo en 1879, que había llegado a las manos de su hija gracias a los buenos oficios de un amigo residente en Nantes, mas solamente en 1893. Con esos tan escuetos datos, Juana decide partir en busca de su padre, con el apoyo y la bendición de su familia de crianza y con la ayuda y compañía del sargento Marcial. Aparenta ser un muchacho mejor que una muchacha por razones de seguridad personal tanto como de comodidad. Así, una enmascarada venida del agua, rescatada del agua, va en busca de sus fuentes remontando el agua (de un río cuyas fuentes acaban de ser *descubiertas* o reivindicadas como descubiertas y cuya imagen se ha insertado en el imaginario popular de un pueblo que lo ha asumido como propio).

Más significativamente aún, el coronel de Kermor, al ingresar en el territorio del alto Orinoco, pierde su identidad, asume otra. La razón por la cual nadie puede dar noticias de su paradero es que él cambió su nombre, desechó su atributo original. Adopta entonces la identidad del padre Esperante (¿el nombre viene de una trasposición semántica del término *esperanto*, que así llama a la *lengua universal* propuesta en 1887 por Zamenhof? ¿o es metonimia de la imagen del *padre que espera*? ¿pero esperar qué, si él había perdido, o mejor dicho, abandonado, toda *esperanza*?) misionero que funda la misión de Santa Juana, un emporio de agricultura en la selva más profunda. Hay un momento en que se considera buen augurio el nombre de la misión. Las pistas, las menciones al misionero, van haciéndose cada vez más frecuentes, creando una atmósfera propicia a los re-encuentros. Inclusive la aparición del bandido español fugado de Cayena y que comanda los cuivas asaltantes es una especie de signo. Pues tal bandido es un antiguo desertor de las huestes de Kermor, a quien éste había hecho encarcelar por sus muchos crímenes y que ansiaba por ello la venganza. Los elementos del desenlace se encadenan rápidos. Es el estilo de Verne.

Por otra parte, otro episodio relacionado con el agua es el que marca el paso de la identidad de Juan a la de Juana. Un chubasco (cuyas resonancias llevan al lector al que mojó al Marcos Vargas desnudo de **Canaima**, retando la selva con su paso y su grito) hace naufragar las embarcaciones fluviales. El oleaje del río puede ser tan sólidamente feroz como el del mar. Los relámpagos convierten la selva en un bosque de plata reluciente. Juan es arrastrado al agua vertiginosa y Jacques Helloch se lanza tras él para rescatarlo. El sargento Marcial presencia, entre furioso, angustiado e impotente, la lucha que se libra: ve cómo el frágil cuerpo es recogido de la corriente y arrastrado hacia la orilla. Ese momento basta para un

desenmascaramiento. Helloch ha descubierto la clave de tantas conductas, de tantos sentimientos. Se la comunica a Paterne, agobiado por la angustia que tal secreto le causa, y entonces los cuatro franceses se reúnen, develan lo que estaba velado, aceptando la complicidad y todo lo que eso implica. En verdad, ese segundo naufragio es una forma de la muerte por agua. Se sabe que en la simbología de muchas religiones, el agua es *lo que cura y da vida*. Por lo tanto, la muerte por agua es la vía hacia lo que debería ser una *vida verdadera*: una vida plena, *perteneciente* y benéfica. Es bautismo, porque mediante una acción sacramental, el elegido emerge de la muerte, el oscuro abismo, para ingresar a una vida de luminosa gracia en la que tiene un ser fundamental. De hecho, una estirpe, una familia. Una raíz. Además, entre Juana y Jacques Helloch surge naturalmente una atracción (una canción popular dice que cuando un hombre y una mujer quieren ser solamente amigos, circula entre ellos, silenciosa, la negra serpiente de la pasión). Más adelante, cuando ella enferma de fiebres palúdicas y está a punto de morir, se fortalecen los vínculos amorosos entre ellos. Pero, como en casi todas las obras vernianas, lo amoroso es siempre un hecho secundario, una especie de cuña que se incrusta en el cuerpo del relato, para darle un tono de color distinto, para aportarle cierta calidez romántica y hacer una concesión a la vena sentimental del lector.

V.

La novela tiene un final feliz. Después de una lucha entre las fuerzas del Bien y las del Mal, las huestes del padre Esperante vencen a los sombríos cuivas del bandido Alfaniz. Los malos son castigados. Se destaca el papel protagónico de un niño indígena, huérfano a causa de las batallas, pero que se insertará en el seno de la misión de Santa Juana. Su fortaleza física, su conocimiento del terreno, le permiten no solamente sobrevivir en el medio selvático, sino que, con esos dones, el niño contribuye buscando ayuda para liberar a los europeos en cautiverio y participa también en la batalla. Entonces, Juana encuentra a un padre que había dejado de esperarla en verdad y que se ve de repente resucitado y reconfortado. Ella misma siente que es la culminación de un grandioso esfuerzo cuya meta es el abrigo de la real pertenencia. Los banivas navegantes surgen como héroes fuertes y leales. Hay una boda en medio de la selva. El amor triunfa. La hija reencontrada parte a Francia de nuevo. La despedida es, sin embargo, temporal, pues se va con la promesa de volver. El esposo la acompañará, ya no se separará de ella. Los pasos que se recorrieron con tanto dolor son borrados por el veloz regreso, corriente abajo ahora, y los recuerdos de los episodios vividos pasan ahora en su memoria como algo que deberán contar a los hijos y los nietos. En San Fernando de Atabapo encuentran a los tres científicos de la Universidad, aún enfrascados en sus discusiones y sus dudas y sus investigaciones. Se dan las explicaciones del caso. Se responden las preguntas que habían quedado planteadas y aún otras que surgen de la transmutación Juan/Juana (En una novela de Virginia Woolf, *Orlando* (1928), el personaje se transforma de hombre en mujer después de un naufragio: habría que profundizar en el sentido arquetípico de los naufragios). Ahora, desde Caicara los personajes toman el paquebote a Ciudad Bolívar. Desde allí, por la vía de Trinidad, retornarán a Francia. Pero viajan solamente Jacques, Germán y Juana. El sargento Marcial se queda al lado de su coronel. La misión de Santa Juana permanece en la selva profunda.

Y ésta pudiera ser la reflexión de Juana de Kermor, justo ahora, cuando sabemos que el real protagonista es ese denso cuerpo acuático:

Introduzco las manos en el agua; necesito sosegarme. Mi cuerpo es más frío que el silencioso torrente. Miles de redes diminutas y circulares han aparecido sobre la quieta superficie. Después del primer impulso que las amplía, inician una larga desintegración; circulan hacia fuera, evaporándose en metálicas dispersiones de ondas. Así comprendo que estoy entre dos lejanías: no sólo aquella de la comarca que he abandonado, sino también

ésta próxima, a mi derecha, la de las aguas de espumas enhiestas que consumen con prisa los bordes de la tierra. Y entiendo también que nada me obliga a la huida: las relaciones entre los hombres son sencillas a tan alto grado que sólo esa sencillez las hace difíciles y complejas. Por ejemplo... Pero no debo acudir a las evocaciones. Tal vez he vivido demasiado tiempo en el pasado. Ahora, únicamente tendré presente. ²⁴

D:\WPdocs\El soberbio Orinoco.wpd
19 de enero de 1998 (Primera corrección)
21 de enero de 1998 (Segunda corrección)
24 de enero de 1998 (Tercera corrección)

24. José Balza: **Marzo Anterior.**, en la edición **Tres Ejercicios Narrativos**, Monte Avila, Caracas, 1992.